

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

JOSÉ MANUEL PELÁEZ ROPERO
Universidad de Salamanca

SOMBRAS Y LUCES DE UN DICTADOR EN TORNO AL CENTENARIO DEL GENERAL FRANCO (1892-1992)

Hace ahora dos meses –y desde las páginas del órgano oficial de los contemporaneístas españoles–, Javier Tusell realizaba una valoración de urgencia acerca de lo que, en su opinión, había significado el centenario del nacimiento del general Franco, acaecido el pasado mes de diciembre¹. Insistiendo en su ya reiterada interpretación sobre la época, Tusell –a quien, sin duda, se deben algunas de las más brillantes e incisivas páginas de la cada día más abundante historiografía sobre el franquismo–, se limitaba a constatar lo que otros varios autores habían ido señalando a lo largo de los cuatro últimos meses. A saber: la pobreza de los resultados que la fecha había traído consigo, y la necesidad de incidir en nuevas perspectivas y territorios para la investigación, a la vista del paulatino agotamiento de las líneas y temáticas explotadas hasta el momento². Consecuente con tal guía de actuación, el propio Javier Tusell patrocinaba, en mayo de este mismo año, la celebración de un macrocongreso sobre la figura del dictador y su régimen, que reuniría en Madrid a lo más granado de entre los estudiosos del período, junto a las nuevas generaciones de investigadores interesados en el tema³.

Para bien o para mal, las sesiones del encuentro –que, tal y como sus propios organizadores se encargaron de proclamar, estaban llamadas a cerrar, junto a algún que otro notable fleco aún pendiente, el ciclo iniciado el pasado año, tras un irregular y decepcionante maratón de simposio, polémicas y publicaciones–, no vendrían sino a corroborar la evidencia del *relativo fracaso* alcanzado por la historiografía española a la hora de abordar dicho acontecimiento. Situación que, en pureza, no dejaba, desde luego, de tener su muy peculiar lógica, como fruto concreto de una determinada etapa historiográfica de no pequeñas consecuencias políticas.

Las páginas que siguen no pretenden sino indagar en las causas de esta realidad, reflejo, en última instancia, de los tapujos de una sociedad enfrentada al baldón de un pasado hostil y vergonzante. Una frustración que como tal –y como ya pudieron apreciar otros países de nuestro entorno en circunstancias históricas similares– no se limita tan sólo a marcar a un único colectivo, cercano, en cuanto a intereses profesionales se refiere, al acontecimiento, personaje o coyuntura objeto de su atención, sino a cualquier ente social esquivo al diálogo con su pasado. Y es que, si alguna lección puede ofrecernos hoy la historia, después de lustros de ciega arrogancia por nuestra parte, es precisamente su proclividad sustancial al ajuste de cuentas. Diferido y renuente, tal vez, pero al fin y al cabo, machaconamente inexorable, como muestra, sin más, de que la venganza es un plato que siempre se sirve frío.

1. JAVIER TUSELL: «La dictadura de Franco a los cien años de su muerte», en Juan Pablo Fusi (ed.): *La historia en el 92*, Ayer, 10: 1993, pp. 13-28.

2. Véase al respecto, la perspicaz disección trazada por Julio ARÓSTEGUI en su artículo «La historiografía sobre la España de Franco. Promesas y debilidades», en *Historia Contemporánea*, 7: 1992, pp. 77-99.

3. Una parte sustancial de las actas de dicho Congreso –referida exclusivamente al apartado de comunicaciones– ha sido ya publicada, bajo el título «El Régimen de Franco, 1936-1975. Política y relaciones exteriores» (Madrid, UNED, 1993, 2 vols). Desafortunadamente, y por decisión de los propios organizadores, éstas no se comercializarán, al menos en un período más o menos inmediato.

ENTRE EL OLVIDO Y LA CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS

La muerte del general Franco, tras cruel y larga agonía, en la fría y gris madrugada del 20 de noviembre de 1975, abrió una etapa de profundas incertidumbres en el seno de la por entonces sumamente inquieta profesión historiográfica española. Testigos mudos de una operación de cambio político, diestramente pilotada desde arriba, por mor de la relativa autonomía adquirida por el propio Estado franquista en sus últimos años de existencia –y nada cercana, desde luego a las tesis rupturistas esgrimidas, inflexiblemente, durante años desde las trincheras de la oposición democrática a la dictadura–, el descubrimiento, primero, de una sociedad con voz y personalidad propias, que no dudaría en plantear la incógnita de la transición como una mezcla, a partes iguales, de pragmatismos, complicidades y silencios, aderezada con generosas dosis de lo que por entonces se dio en llamar *franquismo sociológico*, junto a la evidencia, ya en el terreno profesional, de la mayor parte de las aún escasas investigaciones sobre la época diseñadas desde el exterior, hicieron que los historiadores españoles oscilasen, en fecha relativamente temprana, desde la manida diatriba resistencialista –heredera, en su gran mayoría, de los confusos planteamientos y tópicos de las diversas literaturas en el exilio–, a la aceptación de un consenso tácito, paralelo, en su desarrollo, a la realización, en el plano político, de la llamada *ruptura pactada*. Proceso que, para un colectivo adoctrinado mayoritariamente en un endeble corsé teórico, que desde siempre había mostrado su manifiesta incapacidad para explicar la esencia última de la dictadura, pese a su evidente y operativa virtud para el análisis, supondría una desconcertante retirada tras el inefable caparazón de su silencio. Una inquietante carencia de respuestas que, como años más tarde habría de demostrarse, iba a poner de manifiesto ese frustrado e inconfesable complejo de Edipo que, a partir de ese momento, condicionaría la capacidad crítica de nuestra *intelligentsia*, incapaz de asumir que el margen de su valía, y por encima de tanta pretendida resistencia heroica hacia su régimen, el dictador había hecho posible su voluntad de morir en la cama, rodeado de sus fieles, y como Jefe de un Estado que, pese a tanto confeso numantinismo, había logrado personificar durante casi cuarenta largos años.

De esta manera, y tras la efímera eclosión literaria de los primeros momentos –en especial, en temas necesariamente tabúes hasta la fecha, como la constante y diversificada represión ejercida por el propio régimen, o el mismo funcionamiento político de éste–, los posteriores estudios sobre el tema harían de recuerdo selectivo y reductor como único paradigma aceptable la base imprescindible de toda argumentación válida. Al margen de las biografías clásicas sobre el dictador, tanto dentro como en el exterior del país, desde la sosa hagiografía de sus partidarios a la encendida filípica de sus detractores, los autores que a partir de este momento decidieran acercarse al personaje, optarían por difuminar sus perfiles más inicuos, invocando para ello la común apelación a la objetividad, el culto al dato empírico, y el presunto estatus científico de la historia, en el marco de los proyectos de renovación del resto de las ciencias sociales. Identidad que iba a definir, en el futuro más inmediato, la mayor parte de los estudios historiográficos sobre la época, con el único objetivo de enmascarar, tras de sí, una sola y trascendente finalidad: difundir la idea de que sólo Franco fue el culpable de todo. Que, con su final físico, los cooperantes de aquella empresa –muchos de ellos, ahora agrupados bajo las siglas del partido gubernamental, la Unión de Centro Democrático, y alguno convertido incluso, por paradoja feliz del destino, en coprogenitor de la nueva constitución democrática–, pudieran desligarse, cómodamente de ella, sin rémora alguna que pudiera hipotecar su acción futura. Y que, en los tiempos venideros, contando con la complicidad de aquéllos que un día se opusieron a aquel sistema, la memoria sólo pudiese recrear imágenes descoloridas y esquemáticas de un tiempo que siempre fue una dictadura, el imperio despótico de un régimen diseñado a la medida de un sector muy concreto de nuestro agitado espectro político⁴.

4. J. Antonio GIMBERNAT: «El olvido del pasado», en *El Urogallo*, nº 42, noviembre de 1989, pp. 54-55. La mejor defensa de esta postura, desde la añoranza del rupturismo pretransicional, es debida a la siempre

La *baraka* volvía así a sonreír, una vez más, al viejo soldado africanista, superviviente de mil y un combates cuerpo a cuerpo, a aquél que se consideraba a sí mismo como encarnación del espíritu almogávar, esa peculiar estirpe de guerreros, personificación de todas las tradiciones ibéricas, y recolectora de todas las esencias de la raza. Y es que, ni el mismo general, «el más avezado de los discípulos de Hitler y Mussolini», tal y como un día lo definiera Juan Goytisolo, en una de sus agudas crónicas desde París, escrita bajo el seudónimo de Thomas Lenoir, hubiera podido imaginar nunca tal finta del destino. Una afortunada carambola que iba a permitir a Franco, maestro consumado en el arte de la manipulación, librar como el Cid, la más decisiva de todas sus batallas, desde la adusta y escurialense frialdad de su cripta en Cuelgamuros.

LA NORMALIZACIÓN HISTORIOGRÁFICA DE NUESTRO PASADO

Así, de la noche a la mañana, y por arte rayano en las fronteras de la prestidigitación, el viejo caudillo pasaba a convertirse en una especie de *feliz desaparecido*, en el convidado de piedra del paniaguado festín de la transición⁵. Táctica que, en el fondo, no constituirá sino la reactualización, inconsciente, de uno de los viejos axiomas del principio del caudillaje franquista, que ahora, tras casi cuarenta años de ejercicio servil y avasallador, se aprestaba a recoger los frutos de tantos esfuerzos para mantener a su conductor por encima del bien y del mal en el imaginario colectivo de millones de ciudadanos de este país.

Con su nombre convertido en tabú, como amuleto frente a las constantes insidias, sobresaltos y asechanzas de sus más recalcitrantes seguidores, la sombra achaparrada del dictador recorrería, sin pena ni gloria, el primer y duro tramo de la senda democrática española. Una febril carrera contra el tiempo en la que octubre de 1982, fecha de llegada de los socialistas al gobierno, y punto de inflexión en el desarrollo y consolidación de las libertades democráticas en el país, iba a marcar una indeleble huella, dentro de lo que, a partir de este momento, podía considerarse como inicio del proceso de normalización historiográfica de nuestro pasado más reciente.

Es en este contexto de renovación generalizada dónde, apenas tres años más tarde, verá la luz el aplaudido ensayo de Juan Pablo Fusi sobre la figura de Francisco Franco⁶. Sintética, ordenada y comedida, la que con justicia fuera definida en su momento como la mejor biografía del dictador hasta la fecha, presentaba el retrato de un personaje gris, frío, profundamente tímido, opuesto tanto en su carácter como en su modo de actuar, al estereotipo tradicional del líder carismático, militar a la vieja usanza, autoritario pero no fascista, peculiarmente pragmático, conservador hasta la médula, y apenas preocupado por otra inquietud que no fuera el mantenimiento de su poder personal a toda costa.

Con todo, y a pesar de haber constituido un hito fundamental en el desarrollo posterior de la historiografía sobre la época, el libro de Fusi adolecía de un apenas disimulado desprecio por la figura del dictador, en el que quedaba patente la edípica relación de amor y odio a través de la cual, toda una generación de historiadores/ciudadanos españoles estaba dispuesta a ventilar su ambigua y tormentosa relación con el pasado.

Así, merced a un Franco peculiarmente omnisciente, intelectualmente discreto, descuidado hasta lo insospechable y un tanto –bastante– ramplón, desagregado artificialmente de sus bases naturales –convertidas ahora en firme puntal del sistema democrático, por obra y gracia de un an-

polémica pluma de Gregorio Morán (*El precio de la transición*, Barcelona, Planeta, 1991) Más recientemente, este premeditado *olvido* del pasado ha sido objeto de comentario por parte de Raúl Morodo («Francisco Umbral: la novelización del fascismo inicial español», en *Debate Abierto*, nº 6, otoño-invierno de 1991, pp. 99-103) y Julián Casanova («La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en J. CASANOVA *et alia*: *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 1-28).

5. Edward Malefakis, prólogo al libro de Juan Pablo Fusi citado en la siguiente nota.

6. Juan Pablo Fusi: *Franco. Autoritarismo y poder personal*, Madrid, Ediciones El País, 1985.

tiguo y eficiente colaborador de la dictadura–, y con el pretendido tono aséptico propio de su formación anglosajona, Fusi trazaba el retrato de un gobernante mediocre, al que los continuos esfuerzos de su corte de aduladores jamás pudieron liberar del castrante complejo de una personalidad dominada por su grisura. Una esmerada composición que, pese a la evidencia desfavorable de su tono, absolvía a Franco de sus connotaciones más negativas –aquéllas que, precisamente, acercaban la personalidad del Caudillo a las de los tantos declarados enemigos de la humanidad que han pululado en nuestro siglo–, en una desigual dialéctica que, al margen de otras apreciables cualidades, ubicaba, de hecho, a este ensayo, en la frontera de esa singular encrucijada de contradicciones que, tal y como advirtiera en su día Momigliano, ha asumido, en tantas ocasiones, la biografía en el campo de la investigación historiográfica moderna⁷.

Quedaba así configurado el paradigma que, a partir de este momento iba, prácticamente, a adquirir rango de universal, a la hora de enfocar al personaje y a su época. Máxime, tras el tácito pacto de silencio sellado por nuestra historiografía en 1986, con motivo del cincuentenario del estallido de la guerra civil, en un momento decisivo para la configuración de la estructura bipartidista Alianza Popular – Partido Popular / Partido Socialista Obrero Español que desde entonces polarizaría, con altibajos, la vida política del país, y que situaría todos los prismas para acercarse al estudio de este período bajo los límites de una sobreentendida *corrección política*, discretamente manipuladora y omnisciente. Un modelo en el que, al margen de sus virtualidades académicas, y como años más tarde, reconocería, con plausible coraje, Santos Juliá, toda una generación quiso intuir la anhelada posibilidad de exorcizar los fantasmas indeseables de un pretérito nada grato⁸. La generación del 68, la del canto del cisne de las utopías, encarnación de una resistencia que, pese a su acumulación de esfuerzos e intenciones, nunca pasó de ser minoritaria en el seno de la sociedad española de la época. La inquieta generación que en los sesenta saturó las universidades de la nación, llamada a protagonizar el inexorable destino de la historia, y que, veinte años más tarde, encarnaría un proyecto de transformación de la faz del país que pondría punto y final a la sempiterna *diferencia* española, bajo el impulso de una tecnosocialdemocracia pragmática, proatlántica y filoeuropeísta. Una generación nacida para triunfar y que, precisamente por ello, jamás pudo admitir la evidencia de que aquel personaje anodino, reflejo de los peores defectos de una determinada clase media, hubiese logrado permanecer en el poder hasta el final de sus días por encima de sus entelequias y voliciones, rodeado de la adoración de sus acólitos y del silencio respetuoso de un pueblo, rayano, sentimentalmente, en los siempre difusos límites de lo filial⁹.

LA DECEPCIÓN DEL CENTENARIO

Con semejantes antecedentes, resultaba comprensible, pues, que el centenario del nacimiento del general Franco, a conmemorar durante el mes de diciembre de 1992, no pasara de constituir sino una amable invitación al olvido para la mayor parte de los historiadores españoles. Sobre todo cuando, dada la proximidad en el tiempo de la celebración de los Juegos Olímpicos de Barcelona y de los fastos de la Exposición Internacional de Sevilla –cúlmenes, ambos, del vertiginoso proceso de transformación sufrido por el país en los últimos quince años–, se corría el evidente riesgo

7. Cfr. Arnaldo MOMIGLIANO: *Lo sviluppo della biografia greca*, Torino, Einaudi, 1974, p. 8. Una reflexión sobre el actual significado de estos temas puede verse, respectivamente, en Giovanni Levi («Les usages de la biographie», en *ANNALES ESC*, n° 44 (1989), pp. 1325-1336) y Antonio Morales Moya («Biografía y narración en la historiografía actual», en Massimo MONTANARI et alii: *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, Universidad, 1993, pp. 229-257).

8. Intervención en el Seminario «Franco y su régimen: Un balance historiográfico» (U.I.M.P., Santander, 10-14 de agosto de 1992), significativamente subtitulada «El régimen de Franco: una invitación al olvido».

9. Cfr., al respecto, los artículos de Juan Pablo Fusi –«Para escribir la biografía de Franco»– y Santos Juliá –«Franco: la última diferencia española»–, incluidos en el número 27 de la revista *Claves de Razón Práctica*, correspondiente al mes de noviembre de 1992.

de desfigurar el nuevo rostro de España con el recuerdo, poco grato, de un pasado tétrico y todavía cercano.

Ello explica que, junto al escaso interés suscitado por el personaje en las nuevas promociones de investigadores, el centenario del nacimiento de Franco haya pasado como la gran ocasión desperdiciada por la historiografía española para abordar, sin tapujos, el inexcusable proceso de revisión de la figura del dictador y de su régimen. Motivo que ha propiciado que, salvo notables excepciones, los ecos *sotto voce* de la celebración sólo hayan servido para redundar en los ya conocidos límites de una interpretación anquilosada de la época, por más que sus ilustres apogetas hayan seguido empeñados en demostrar las inefables virtudes de tan castizo *happy end* historiográfico.

Desde las filas de la derecha, la ocasión se presentaba idónea para reclamar una reivindicación del personaje, máxime dada la proximidad de unas elecciones generales en las que se presagiaba un hipotético triunfo de los grupos conservadores, por primera vez desde la muerte de Franco, victoria que vendría a poner fin a la etapa de la consolidación democrática, abriendo una nueva fase de normalización institucional en la derrota del proceso de cambio político. Sin embargo, ninguno de los tres ensayos aparecidos con motivo del centenario ha logrado, ni tan siquiera mínimamente, cubrir dicho objetivo. El libro de José Antonio Vaca de Osma, aunque impecable en su género, apenas si ha aportado novedad alguna al conocimiento de la actividad desarrollada por el general Franco en los cruciales años de la guerra civil¹⁰ «Caudillo», del periodista Angel Palomino, no ha logrado sobrepasar ni tan siquiera los límites de la apología característica, ni en lo estridente de su tono ni en la debilidad de sus contenidos¹¹. Por su parte, la crónica de Fernando Vizcaíno Casas sobre «el año en que Franco murió en la cama» apenas si registra interés alguno, situando a su autor muy por debajo de sus virtualidades conocidas¹². Un panorama nada favorable del que, sin embargo, sí cabe destacar la reverencia con la que determinados sectores de la sociedad española siguen considerando todavía nuestro pasado más reciente, en flagrante contradicción con el pretendido *aggiornamento* de sus respectivos líderes y formaciones políticas¹³.

La celebración del centenario tampoco ha ofrecido un balance positivo para el ensayo en general. El Franco de Enrique González Duro no pasa de ser, ante nuestros ojos, sino el inefable personaje de todos conocido, pese a algunas interesantes apreciaciones psicoanalíticas que los historiadores profesionales debiéramos preocuparnos de recoger¹⁴. Julio L. Fernández ha incurrido en el error —muy frecuente, por otra parte, entre los curiosos que deciden acercarse al tema—, de descubrir un nuevo mediterráneo, no obstante lo pretencioso de tan rimbombante título¹⁵. Las páginas del libro de Miquel Figueras i Vallés parecen más bien reflejar, pero a la inversa, algunas de las obsesiones profundas del dictador, que constituir un intento de aproximación, sería, a su figura¹⁶. Sólo el librito de Jaime Peñafiel, afamado cronista de la llamada prensa del corazón, parece salvarse de tales reproches. Conciso, ameno, acertado en lo jocoso de su tono, hirientemente divertido en ocasiones, Peñafiel no ha dudado en ofrecernos un irreverente pero preciso retrato de la familia que, a lo largo de cuatro asfixiantes décadas, patrimonializó toda forma de poder en España, aliñado con algunos jugosos y sugerentes comentarios, esenciales, especialmente, para la crónica de los últimos momentos de la vida del régimen y la constitución del llamado fenómeno del *búnker*¹⁷. Y,

10. José Antonio VACA DE OSMA: *La larga guerra de Francisco Franco*, Madrid, Rialp, 1991.

11. Angel PALOMINO: *Caudillo*, Barcelona, Planeta, 1992.

12. Fernando VIZCAÍNO CASAS: *1975. El año en que Franco murió en la cama*, Barcelona, Planeta, 1992.

13. Vid, sobre todo, el suplemento *Cien Años de Franco* (ABC, 3 de diciembre de 1992). El clima dominante en la extrema derecha puede auscultarse a través de la lectura del semanario ultra *La nación* en estas mismas fechas.

14. Enrique GONZÁLEZ DURO: *Franco. Una biografía psicológica*, Madrid, Temas de Hoy, 1992.

15. Julio L. FERNÁNDEZ: *Los enigmas del Caudillo. Perfiles desconocidos de un dictador temeroso e implacable*, Madrid, Nuer Ediciones, 1992.

16. Miquel FIGUERAS I VALLÉS: *Por qué Franco no fue masón*, Barcelona, Anael, 1992.

17. Jaime PEÑAFIEL: *El general y su tropa. Mis recuerdos de la familia Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1992.

junto a éste, la reedición de las charlas radiofónicas de Salvador de Madariaga, ante los micrófonos de la Radiodifusión Française, a mediados de los años cincuenta¹⁸; los comentarios de Pedro Muñoz sobre el concepto que Franco tuvo de la Corona, las siempre tensas relaciones entre el entonces Príncipe de España y el tándem Franco/Carrero, con el añadido de los posteriores desprecios de Carlos Arias Navarro, y la serie de mecanismos de seguridad dispuestos por el *Generalísimo* para asegurar una monarquía continuadora de las glosas del 18 de julio¹⁹; las apostillas de Carlos Blanco Escolá sobre los generales Franco y Rojo²⁰, y algunas matizaciones del propio D. Juan Carlos a José Luis de Vilallonga en su libro de conversaciones con el Rey, a través de las cuales se deja entrever el perfil de un político astuto, discretamente alejado del oscuro manto que sus biógrafos han arrojado sobre él²¹.

A nivel historiográfico, el resultado ha sido, igualmente, muy desigual. Algunos de los cursos, seminarios y congresos celebrados sobre el tema nunca pasaron de ser sino meras plataformas publicísticas, más proclives a la nostalgia y a la rememoración apologética que al objetivo científico que, en principio, y por simple y llana definición, debiera de haberlos guiado²². Otros, de organización procedente y factura impecable, pasaron rigurosa revista al personaje y a su contexto, aunque con las consecuencias mencionadas anteriormente²³. Circunstancias que pudieron apreciarse, de igual manera, en los dos estudios propiamente historiográficos publicados en nuestro país a lo largo del otoño de 1992.

El primero de ellos, del historiador norteamericano Stanley G. Payne, se limitaba a resumir algunos de los contenidos presentes en su anterior y voluminosa obra sobre el régimen franquista²⁴. Sin embargo, y no obstante dicho carácter recopilatorio, el libro de Payne recogía ciertos matices –referidos, especialmente, a la crueldad represiva del dictador–, que reflejan algunas de las tendencias profundas latentes en la actual historiografía estadounidense, y que hacen de este estudio un buen instrumento para acercarse, al menos de forma somera, al conocimiento del personaje y su período.

La segunda de estas obras, del profesor Javier Tusell, constituía, en puridad, la auténtica novedad del centenario, pues, ha sido, en justicia, el único ensayo original aparecido con motivo de éste²⁵. Fruto de varios años de investigaciones en archivos públicos y privados, el libro de Tusell presenta una visión, de primera mano, acerca del papel político desempeñado por Franco durante la guerra civil, en un período crucial para la conformación del Nuevo Estado español. Basándose en fuentes y testimonios inéditos hasta el momento, y con la habilidad característica de su prolífica y excelente pluma, Tusell retrata el imparable y fulgurante ascenso del joven general Franco a la más alta magistratura del Estado, y los maquiavelismos ejecutados por éste para lograr la absoluta sumisión a su persona del resto de los integrantes de la coalición contrarrevolucionaria alzada en armas contra las instituciones republicanas, reflejados en el esquema de «unidad de poder y coordinación de funciones» que habría de acompañarle, prácticamente, hasta el mismo momento de su fallecimiento.

18. Salvador de MADARIAGA: *General, márchese Usted*, Madrid, Grupo Libro 88, 1992.

19. Pedro MUÑOZ: *Hay que vigilar al Rey*, Madrid, Grupo Libro 88, 1992.

20. Carlos BLANCO ESCOLÁ: *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, Barcelona, Labor, 1993.

21. José Luis de VILALLONGA: *El Rey. Conversaciones con D. Juan Carlos I de España*, Barcelona, Plaza y Janés, 1993, en especial pp. 47-48, 80-88 y 142-143.

22. Nos referimos, concretamente, al seminario «Franco y su época», programado dentro de la oferta de Cursos de Verano patrocinada por la Universidad Complutense de Madrid, celebrado en El Escorial durante los días 24 al 28 de agosto de 1992, bajo la dirección del biógrafo oficial del dictador, el conocido medievalista Luis Suárez Fernández.

23. En este orden: el Seminario sobre «Franco y su régimen: Un balance historiográfico» (Santander, UIMP, 10-14 de agosto de 1992), dirigido por Santos Juliá; el Primer Encuentro de Investigadores sobre el Franquismo (Barcelona, UAB/Fundació Arxiu Històric de la CONC, 5-7 noviembre de 1992); y el Congreso Internacional «El Régimen de Franco 1936-1975. Política y relaciones exteriores» (Madrid, UNED, 11-14 de mayo de 1993), presidido por Javier Tusell.

24. Stanley G. PAYNE: *Franco. El perfil de la historia*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.

25. Javier TUSELL: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets Ediciones, 1992.

No obstante, y a pesar de tantos y tan reconocibles méritos, el libro de Tusell adolece de determinadas ambigüedades, especialmente evidentes a la hora de definir la naturaleza político-ideológica del sistema entonces emergente, y –sobre todo– en su análisis sobre el carácter de la coalición que servirá de base impulsora y nutriente para el desarrollo del Nuevo Estado franquista. Cuestiones todas ellas que, aún justificando la discrepancia, no restan, por eso, valor a este cuidado volumen, imprescindible, sin duda, como punto de referencia obligada para cualquiera que pretenda sumirse tanto en el estudio de tan agitada época, como en el conocimiento, en profundidad, de la compleja identidad del hombre que, durante casi cuatro décadas, personificó toda la lacerante realidad de un país, víctima y cómplice, al unísono, de sus múltiples y profundas contradicciones.

Un panorama que no puede cerrarse sin recoger, al menos, una breve referencia al libro de Matthieu Séguéla sobre las relaciones entre Pétain y Franco, partícipes ambos en la común empresa fascista que debía poner a toda Europa al servicio de la potencia alemana²⁶. Un prolijo y riguroso estudio que combina el análisis de los aspectos personales de la relación entre ambos jefes militares, con la atención a los problemas políticos que, dependiendo del oscilante signo de la coyuntura, provocan bien cordialidad y colaboración, bien frialdad y enfrentamiento, entre los dos países vecinos. Una obra pionera, decisiva, sin duda, tanto para ahondar en el conocimiento de la personalidad de ambos dictadores, como para, en el caso español, y desde una, hasta hoy, descuidada perspectiva comparada, retomar la debatida –que no agotada– cuestión de la naturaleza política de su régimen, requerida, igualmente, de una necesaria y apremiante revisión.

Curiosamente –aunque sin excesivas sorpresas, a tenor del panorama comentado hasta el momento–, ha sido en el terreno de lo literario donde ha aflorado, el que, quizás, pueda considerarse como más afortunado hallazgo de una conmemoración marcada, tal y como hemos podido apreciar, por el decepcionante carácter de su evolución. Allí, y desde las filas de la izquierda clásica, Manuel Vázquez Montalbán ha elaborado una magnífica novela, de evidentes afinidades con el titánico esfuerzo llevado a cabo por Dalton Trumbo al meterse en la piel de un genocida nazi en su terrible «La noche del uro»²⁷.

Espoleada, ferozmente, por una crítica que ha oscilado, desde las insidias generadas por una apenas disimulada envidia, a la incompreensión del propio carácter literario de la obra –tachada, singularmente, de una historiografía que, como la española, parece seguir empeñada en rechazar las aportaciones procedentes de otras cosmovisiones, parapetada tras un acendrado narcicismo academicista–, pasando, naturalmente, por la telúrica *vendetta* ideológico-política y el simple y llano desdén, sin reparos, la novela de Vázquez Montalbán retoma las frustraciones latentes en determinados sectores de la izquierda –tratadas ya por el autor en su anterior «El pianista»–, personificadas ahora en la dramática figura del stevensoniano Marcial Pombo –el ficticio escritor que, supuestamente, recibe el encargo de realizar una biografía de su mayor enemigo, el general Francisco Franco–, para, a partir de ahí, trazar un retrato del dictador que, en propia opinión de su autor, impida que la siniestra biografía de aquél pase a convertirse, en breve espacio de tiempo, en poco menos que un par de líneas en las páginas de cualquier diccionario enciclopédico ilustrado. Un personaje cuyas raíces es preciso rastrear en los traumáticos efectos producidos en nuestro país por el llamado «Desastre del 98»²⁸, ejemplo que después servirá al general como modelo para la adopción de esa pedagogía de la autoridad que alentará sus proyectos de instauración de un *nuevo orden* político en España –similar, en esto, como en tantos otros aspectos, a los planteamientos

26. Matthieu SÉGUÉLA: *Pétain-Franco: los secretos de una alianza*, Paris, Albin Michel, 1992.

27. Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN: *Autobiografía del general Franco*, Barcelona, Planeta, 1992. La réplica filofranquista a esta novela, en la entrevista concedida por el escritor Angel Palomino al semanario de extrema derecha *La nación* (27 de enero-2 de febrero de 1993).

28. Cfr. al propio Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN, en su artículo «Franco i el regeneracionisme des dretes» (*L'Avenç*, nº 165, diciembre de 1992, pp. 8-15). Este mismo aspecto, necesitado, sin duda, de ulteriores revisiones, ha sido también destacado por Carlos Serrano («L'Espagne: les racines du modèle franquiste», en Jean-Pierre AZÉMA et François BEDARIDA (Dteurs.): *Vichy et les français*, Paris, Fayard, 1992, pp. 662-673).

esgrimidos por otros regímenes fascistas coetáneos—, dentro del proceso de articulación de lo que algún otro autor ha bautizado, recatadamente, como la «última diferencia española». Caracterizado como un autodidacta en lo político y en lo humano, torvo de naturaleza e intenciones, siniestramente adusto, admirador, sin fin, de los preceptos y usos de la autoridad tradicional, patriota de charanga y pandereta, profundamente católico, rayano en los límites del más burdo de los fanatismos, azote de intelectuales y demócratas, receloso guardián de su patrimonio, político y humano, y fascista de convicción, obra y ejercicio, el Franco de Vázquez Montalbán posee, además, la consistencia de un ser de carne y hueso, íntimamente convencido del papel providencial que Dios y los hombres le han impulsado a desempeñar sobre la tierra, como salvaguarda de las esencias del Occidente cristiano frente a la amenaza del materialismo asiático y ateo. Un esfuerzo prodigioso que, justo es reconocerlo, ha situado a Manuel Vázquez Montalbán, en su calidad profesional y humana, a la altura de aquellos escritores que, como su contemporáneo Gore Vidal, han sabido hacer de la literatura una vía de inexcusable acercamiento al desarrollo histórico de sus respectivos pueblos²⁹.

EL FUTURO

El centenario de Franco ha pasado, además, dejando entre tinieblas la publicación del esperado y voluminoso ensayo de Paul Preston, reiteradamente postpuesta por problemas editoriales, y que, Grijalbo promete, ahora, para el otoño del año en curso, coincidiendo con su lanzamiento en lengua inglesa.

A pesar de lo poco que aquél ha dejado traslucir sobre su obra, es de prever que, al menos, y dada la trayectoria anterior de su autor³⁰, el libro de Preston sirva para resituar al dictador en su contexto, coincidiendo, de esta manera, con las opiniones expresadas por otros destacados investigadores foráneos, al tiempo que avance nuevas líneas de interpretación al respecto³¹.

Si es así, la ya abultada historiografía sobre el franquismo y su fundador habrá experimentado un cambio sustancial, tan necesario desde hace algún tiempo. No obstante, aún quedará pendiente que la profesión historiográfica española se decida a dar ese trascendental paso que, en éste como en tantos otros temas, le permita librarse de los maniqueísmos presentes, en consonancia con los recientes cambios operados en una disciplina que hoy ya se define como cósmica, en contraste con las estrecheces y limitaciones de otros tiempos, felizmente ya superados.

29. Vid., a este respecto, el artículo de Maryse BERTRAND DE MUÑOZ: «Las biografías noveladas de Franco», en Javier TUSELL et alii: «El Régimen de Franco...», op. cit., volumen I, pp. 213-223.

30. Véase, en especial, su *The Politics of Revenge. Fascism and the Military in Twentieth-Century Spain*, Londres, Unwin and Hyman, 1990.

31. Cfr. Enzo COLLOTTI: *Fascismo, fascismi*, Firenze, 1992, y, sobre todo, Luciano CASALI: «Introduzione. Il fascismo di tipo spagnolo», en el colectivo *Per una definizione della dittatura franchista* (Milano, Franco Angeli, 1990, pp. 7-37). En esta misma línea de interpretación, véase, además, el muy interesante trabajo de Joaquim Lleixà «El régimen franquista (1936-1951)», incluido en J. ANTÓN Y M. CAMINAL (Coords.): *Pensamiento político en la España Contemporánea (1800-1950)*, Barcelona, Teide, 1992, pp. 1059-1102.